



HOMENAJE A GARCÍA PAVÓN
MARIPOSAS BLANCAS

El asesino sin memoria

Sonia García Soubriet

La última novela que empezó a escribir mi padre, unos años antes de morir, trataba de un asesino sin memoria. Este hombre, en apariencia pacífico y normal, preso de una locura repentina mataba a sus vecinos, pegándoles un tiro en la nuca y luego lo olvidaba. Al día siguiente cuando descubrían el cuerpo de la víctima y se daba la noticia, él se mostraba tan perplejo y escandalizado como los demás. Incluso si se le interrogaba, daba datos y ayudaba en lo que podía a Plinio y a Don Lotario en su investigación.

Así comenzamos la novela. Digo comenzamos, porque en mis ratos libres, mi padre, ya enfermo, me la dictaba y yo la iba pasando directamente a máquina. Nuestro trabajo era lento ya que cada día antes de empezar, él me decía "léeme lo que he escrito, que no me acuerdo". Yo le hacía un resumen de lo ocurrido y luego le leía entero el último capítulo para que recuperase el hilo de la historia. Sólo entonces me empezaba a dictar, pero apenas habíamos avanzado un párrafo o dos, se quedaba mirándome y otra vez me decía: "¿por dónde vamos?" o, "a ver, léeme lo que he escrito" y así varias veces hasta que con un esfuerzo tremendo lográbamos rellenar un par de folios.

Después de aquellas sesiones de lectura, relectura y escritura, los dos acabábamos agotados. Pero aún así la novela poco a poco iba avanzando.

Ya llevábamos 30 ó 40 folios y varios asesinatos, cuando una tarde al acabar, me dijo que ya no quería seguir con la novela, que estaba cansado. A pesar de todos mis esfuerzos y mi insistencia para disuadirlo, no me hizo caso y con un gesto de

enfado, me ordenó que apartase los folios y quitase para siempre de su vista la máquina de escribir. Así lo hice, y con gran alivio por su parte y también por la mía, tengo que reconocerlo, abandonamos nuestro trabajo. Sin embargo durante un tiempo no pude dejar de preguntarme qué hubiese pasado con aquel asesino que acechaba a sus víctimas en las calles de Tomelloso, qué misterio ocultaba su vida tan pacífica en apariencia, cual era la razón de su locura y el oscuro móvil de sus crímenes, y otras muchas cosas más que quedaron sin respuesta.

Ahora, después de algunos años, con motivo de la publicación de sus obras, buscando en los cajones de su despacho, he encontrado nuestros folios sobre aquel asesino que, como mi padre, perdió la memoria, y entre ellos, el montón de resúmenes con los que tan inutilmente intentaba suplirla. Al leerlos no sólo me han vuelto a la cabeza esas preguntas que quedaron sin respuesta sino también todo aquello que no se escribió y quedó interrumpido con ese gesto suyo de enfado, privándome para siempre de su mundo, su experiencia y de su sabiduría. Sólo entonces he sido consciente de que aquella novela, apenas esbozada, había puesto el punto final a una vida y a una obra que, como ella, acabaron en el silencio y el olvido.

Pero bueno, no importa. Siempre he pensado, en mi orgullo de hija, que mi padre cumplió sobradamente con su misión de escritor y que por fortuna, gran parte de su memoria ha quedado en sus libros.

A través de ellos, nos ha sido transmitida a nosotros y lo será también a las generaciones venideras. Pero ahora es nuestro turno. Por eso creo que, en estos tiempos tan propensos al olvido, al deslumbramiento fácil y superfluo, nuestro deber es conservar y proteger la obra, completa o no, de todos aquellos, hombres y mujeres, que generosamente, dedicaron su vida a la literatura, porque sin su memoria que al fin y al cabo es la nuestra, acabaremos por perder una parte de nosotros mismos. ■



García Pavón con sus hijos Sonia y Luis.